

LAS TIJERAS DE UNA HOLANDESITA

Hace más de doscientos cincuenta años nació en Amsterdam, Holanda, una niña llamada Juana Koerten. Era una niña extraña, que no quería participar en los juegos de los que la rodeaban. Cuando fue más grandecita, su madre le dio cera para que la modelara e hiciera con ella toda clase de frutas. Le agradaba también tomar un pedazo de seda y con hilos de color hacer copias de pinturas famosas. Pero esto no era su delicia principal. Lo que más le gustaba era tomar unas tijeras y hacer recortes. Pensaréis que esto no constituye un gran arte, pero con ello Juana sorprendió al mundo. Ejecutó vistas marinas, paisajes, flores, animales y aun retratos de personas famosas, cuya semejanza atrajo la atención de toda Europa. Recortaba sus trabajos en papel blanco y los colocaba en una superficie negra. Para obtener efectos de luz y sombra practicaba incisiones pequeñitas en lo blanco.

Le concedieron honores muchas personas de elevada jerarquía, entre ellas Pedro el Grande de Rusia. Se dice que un hombre le ofreció mil florines por tres trabajos pequeños, pero ella los rehusó. También se supo que la emperatriz de Alemania le pagó cuatro mil florines por un recorte que llevaba las armas del emperador Leopoldo. Este aparecía coronado con águilas y rodeado con una guirnalda de flores, y fue considerado entre sus obras más admirables. También recortó el retrato del emperador, y lo hizo tan bien, que se lo colocó en la Galería del Arte Real de Viena, donde todavía puede verse.

Nunca antes ni después se ha encontrado un trabajo de recortes hecho tan correctamente, con tanto gusto y tal dignidad como el de Juana Koerten. Cuando murió, a la edad de 75 años, se erigió un monumento a su memoria, y en él están dibujados los retratos de muchos visitantes notables que fueron a ver su obra.